Cuento en tres partes

Enero

II Parte

Mary Helen Ponce

Cuando Constancia era una adolescente, le permitían llevar las canastas con el almuerzo a los trabajadores en los campos, donde el cálido sol y el aire limpio llamaban. Le gustaba estar afuera con muchachas de su edad, a sabiendas que los jóvenes en los campos eran posibles novios. Las muchachas mayores que tenían pretendientes escondían tortillas de más en las canastas. Después de llevar el almuerzo, la muchachas, ruborizadas por la larga caminata —y por estar tan cerca de los muchachos— podían caminar a casa sin apuro. Ya que Justo pidió su mano en matrimonio y se fue de México, Constancia había andado por los campos de habas, mirando el cielo y las nubes, preguntándose cuando regresaría Justo. Envidiaba a sus hermanas cuyos novios vivían cerca, y quienes le echaban en cara el haber escogido casarse con un hombre que quería vivir en el otro lado, y llevarla lejos de su familia — y sus raíces.

Sí, las mujeres en el rancho trabajaban duro, admitió Constancia, sacudiendo una toalla color amarillo-crema, y también la mujeres en América. Pero por lo menos yo no tengo que hacer montones de tortillas todos los días, aunque a Justo definitivamente le gustaría. De todas formas, el pan blanco no tiene nada de malo. Las americanas lo compran, ¿por qué no yo? Y además, suspiró, he cocinado suficiente en mi vida. Arrimó la canasta de la ropa, jaló un par de calcetines con las puntas encogidas, los enroscó apretadamente y los aventó en la canasta de bejuco, su mente todavía en México.

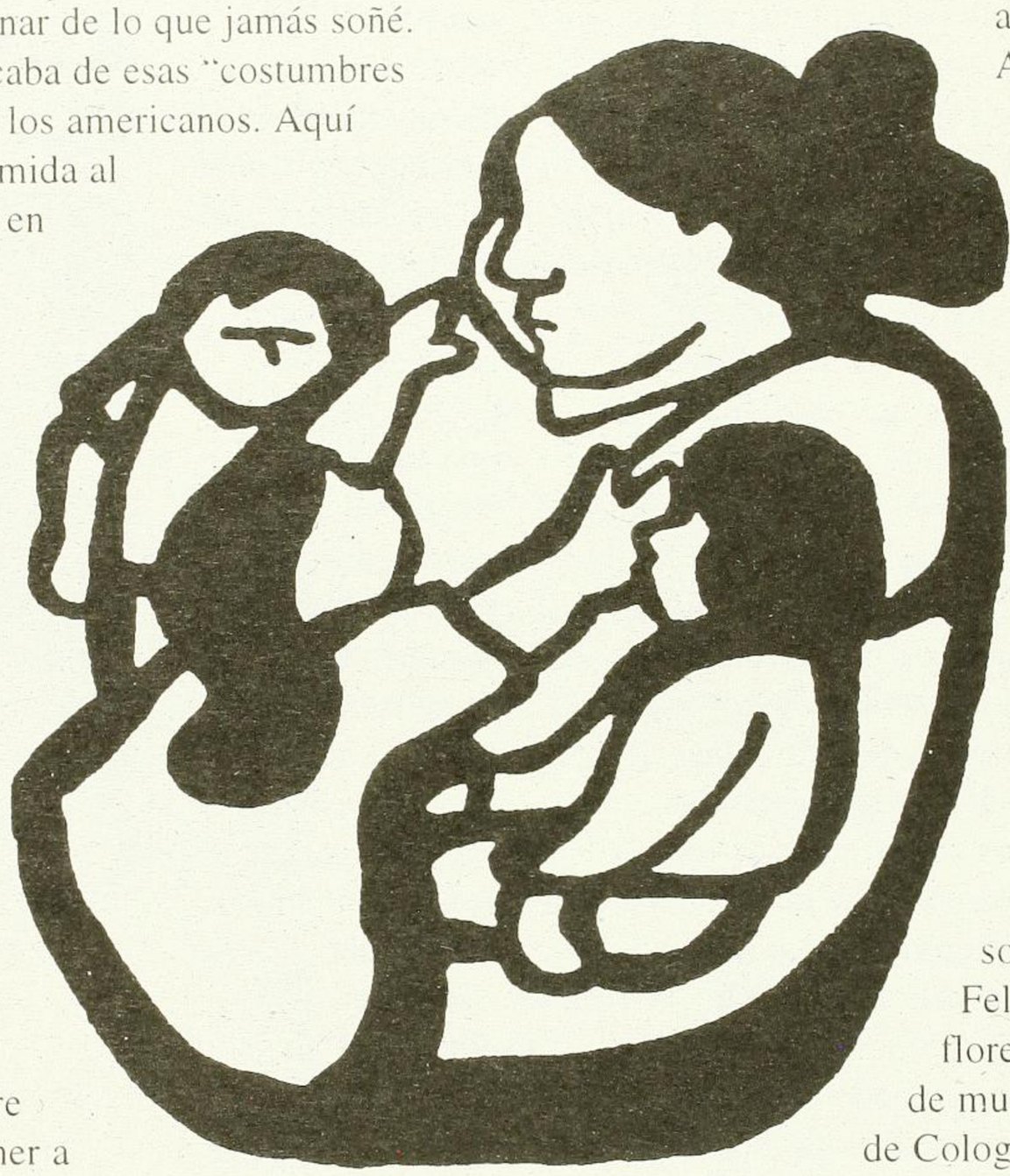
El tiempo de la cosecha era el mejor, recordó Constancia mientras doblaba una funda formando un cuadro perfecto. Debajo de la maleza de algodón que sobresalía como centinela al lado de la casa del rancho, había unas mesas enormes de madera. Sobre de ellas se servía a los trabajadores un cocido preparado con los chiles que se cosechaban en el rancho. Constancia y sus hermanas, quienes no paraban de reírse nerviosamente, habían ayudado a su madre a preparar la comida. A Constancia le complacía ver el compañerismo entre los trabajadores; tanto los hombres como las mujeres apreciaban las labores arduas — y el saberse bien compensados. Se recordaba como los hombres atacaban la comida con gusto... y con sonrisas de agradecimiento. Más que nada le gustaba cuando le tocaba servir a los jóvenes, cuya mayoría quitaban la mirada tímidamente cuando se acercaba la hija del patrón. Pero una vez Justo pidió su mano - y ella acepto su propuesta, Constancia se quedaba atrás a ayudar a su madre en la cocina, tratando de no añorar al muchacho guapo y alto.

Rotmi Enciso

A los dieciocho, Constancia se casó con Justo de Paz, quién le llevaba dos años. A los diecisiete Justo emigró a California con un tío, donde por tres años trabajó en los limoneros

que florecían en Ventura, un pueblo frío y húmedo. Ahorraba dinero, gastando sólo lo necesario para comida y vivienda y de vez en cuando una bolsita de tabaco. Sus planes eran de regresar a México, casarse, y volver al norte acompañado de su novia. Con frecuencia también trabajaba los sábados. De vez en cuando se iba al pueblo con su tío pero por lo general Justo se quedaba en el rancho a leer el periódico en español. Poco después se enseño solito a escribir. Le escribía a Constancia en un papel de renglones comprado en la Five and Dime, donde sus letras toscas parecían borrones. Le presumia con las maravillas de su futuro país adoptivo.

Aquí todos tienen tierras, bienes y casa, le escribía Justo. !Y hasta carro! Gano más dinero en el limonar de lo que jamás soñé. También le platicaba de esas "costumbres raras" que tenían los americanos. Aquí todos traen su comida al trabajo, no como en México donde el capataz alimentaba a los trabajadores. En este país sólo te dan agua, y a veces ni siquiera eso. Le platicó que tuvo que comprar una lonchera de lámina para sus tacos fríos. Aquí todo es diferente, comentó. La rara costumbre de no dar de comer a los trabajadores era para Constancia inconcebible; sus padres siempre se habían sacrificado para dar de comer a sus trabajadores. Pero, Justo insistía que en América cada quien traía sus propios guantes — y comida. Enviaba las cartas, contando cada día hasta el de su regreso.



Rini Templeton

Cuando Justo se fue, Constancia comenzó los preparativos para la boda. Acompañaba a su madre a Silao, un pueblo cercano, a comprar un rollo de muselina para la lencería que llevaría consigo al nuevo país. Junto con sus hermanas, cosían manteles, servilletas y un sencillo ajuar. Cada tarde se sentaban a la sombra de la maleza de algodón, con todo tipo de agujas y alfileres para bordar, mientras Constancia palidecía al leer las cartas de Justo en voz alta. A sus hermanas les impactaban los reportes escritos en letras grandes y toscas. Una vez leídas, las cartas eran guardadas en un baúl de cedro. En algo acordaban las mujeres: Justo de Paz era sin duda un hombre con un futuro. Pero, eso fue hace mucho tiempo. Constancia se decía ahora... hace mucho tiempo.

Adentro de la casa Constancia se quitó el suéter, luego acomodo las sábanas dobladas dentro de la petaquilla que años atrás la había acompañado desde México y ahora estaba al pie de su cama. Dentro, entre bolsitas de popurrí, pétalos de rosa secos envueltos en encaje descolorido, estaban las sábanas, pañitos de adorno y las zapetas. Abajo, envuelto de papel de seda descolorido, estaba el traje de bautizo de Apollonia, ahora escaso y desgastado, pero con el encaje intacto. Constancia se agachó, tomó el popurrí y se lo arrimó a la cara. El aroma de rosas atezadas llenaba el cuarto. Suspiró, pensando en la visita a Apollonia del domingo pasado.

Ese día, como sorpresa para su hermana, Felícitas había envuelto flores secas en un cuadrito de muselina rociado con Eau de Cologne y atado con un listón colorido. Cuando le dieron el paquete, Apollonia hundió su nariz en las flores fragantes, luego sonrió feliz a su mamá — quién sonrió de vuelta. Pero Apollonia nunca regresará a esta casa, se recordó Constancia, ni volverá a caminar en el jardín de las rosas. Cerró la tapa del baúl y volvió a la cocina, con el olor a rosas en su pelo.

En tardes calurosas mientras las niñas mayores lavaban los trastes, Constancia se retiraba al jardín de las rosas para cortar rosas y claveles, los cuales dejaba secar junto con hojas de laurel y yerbabuena. Cuando estaban listas, la mezcla se molía y se envolvía en tro-

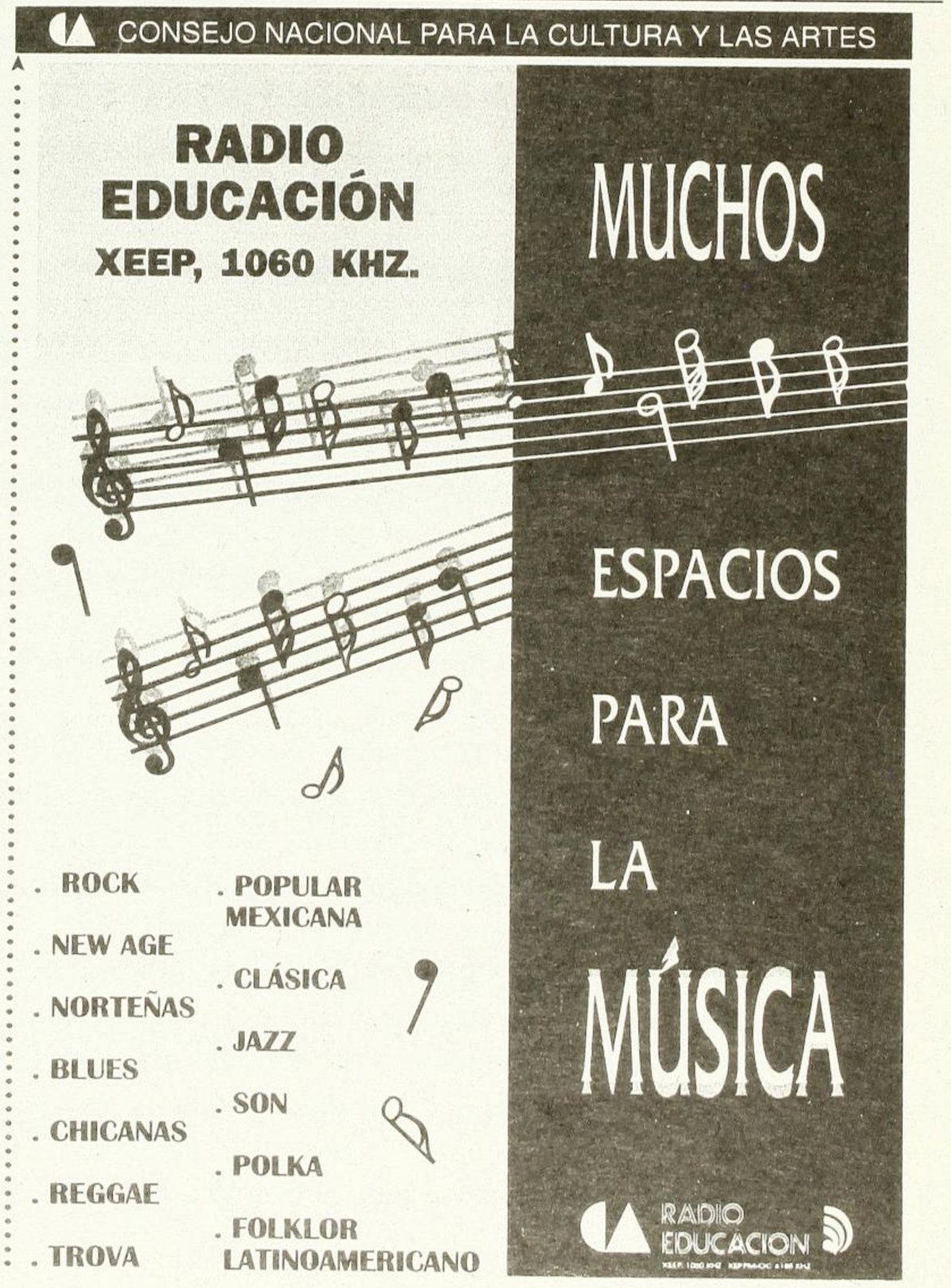
Rotmi Enciso

zitos de muselina, los cuales guardaba en el armario de la lencería. Pero, pensó Constancia, al volver a atar su mandil, para el próximo año, cuando los claveles vuelvan a florecer, Apollonia habrá muerto.

Ahora, al acomodar la tabla de planchar en la cocina, Constancia sintió al bebé dar una patada. Se sentó, colocó su mano en el estómago y esperó, pero el bebé se mantuvo quieto. Dejó de respirar, tratando de sentir a la criatura dentro de si. Jaló sus medias y se levantó despacio, acomodó una funda en el burro y comenzó a planchar. Mientras trabajaba volvió a pensar en lo que más estaba en su mente: Apollonia, y el bebé que nacerá en enero, aunque en él pensaba un poco menos.

Al planchar la camisa de Justo, Constancia recordó lo enojada que se había puesto al descubrir, a principios de mayo, que estaba embarazada de nuevo.

La doctora la había prevenido a ella y a las otras mujeres del barrio de que no tuvieran tantos niños. ¡No es bueno para ustedes! les había dicho la buena doctora, con su cara agitada. ¡No es bueno! Y aquí estoy, suspiró Constancia, embarazada con mi décima criatura.

Entre más engordaba, y el sol de verano se hacía más insoportable, el visitar a Apollonia la cansaba más y más. El viaje al sanatorio no tenía ni brincos ni era lejos, y bajo otras circunstancias sería placentero, con los naranjos y laureles dando al borde del camino. Constancia todavía temía contraer tuberculosis, el TB prevalente entre las familias mexicanas de bajos recursos. Desde el principio la enfermera pública le había dado instrucciones de que precauciones tenía que tomar cuando visitara a Apollonia, para no poner en peligro a sus otros niños — y al que está por nacer. En cuanto regresaba del sanatorio, Constancia se cambiaba de vestido y de medias rápidamente, se lavaba con cuidado, y antes de cocinar, lavaba sus manos y brazos con alcohol.

Después que nazca este bebé tendré que permanecer en cama por seis semanas, suspiró Constancia, colocando un mantel de cuadritos en el burro de planchar. Por lo menos por un mes. Y tratar de encontrar a alguien que pueda cuidar a los niños. Justo hace lo que puede — y las niñas mayores ayudan con cocinar, pero no quiero sobrecargarlas con mi trabajo. Nunca le pediré a Felícitas que deje su tarea para ayudarme en la casa. Nunca. Y a la vez con cada niño me siento más cansada. Pero no podré visitar a Apollonia todos los domingos hasta enero.